Esperanza de Dios

Juan Carlos Pereletegui

CC by-nc-sa Juan Carlos Pereletegui
loslibrosdebalmenhorn@gmail.com
DOCUMENTO FIRMADO
ELECTRÓNICAMENTE

Atardecía y los dos soles caían sobre el lejano horizonte. Templanza, rojo y mortecino, y Paciencia, amarillo-blanco, cegador incluso en el crepúsculo. Jara se incorporó, quitándose las gafas protectoras y miró con ojos duros los campos de labor extendidos hasta el río, ahora una rambla pedregosa, allá a lo lejos. En la ribera se consumían unos arboles resecos. La mujer, con paso vacilante, se encaminó hacia los surcos. En los primeros cultivos se acuclilló y tomó del suelo un puñado de tormos. Era tierra roja, de aluvión, la mejor del planeta. Milenios atrás toda aquella llanura fue el delta de un inmenso río.

Diez años atrás, Jara y Lami llegaron a Esperanza de Dios, huyendo de las vejaciones que les aguardaban en la Bendita Tierra. Por su óbolo a la Congregación para la Evangelización del Universo recibieron, además del pasaje hasta Esperanza de Dios, diez acres y una vaca, y la promesa de que nadie les preguntaría por su fe.

Los campos fructificaron con el sudor de sus frentes. Luego vinieron los niños, Fatimelu, la mayorcita, que ya ayudaba en las tareas de la granja. Tenía el rostro ligeramente afilado, cruzado por una boca generosa, de labios finos. Y su risa, blanca y luminosa, relumbraba en el rostro tostado por los soles de Esperanza de Dios.

Soado era mucho más tímida y retraída que su hermana, con unos ojos, grandes y brillantes que lo miraban todo con ansiedad. Esos ojos, la carita redonda de nariz respingona y las trenzas rubias le daban un aire de muñequita, delicada y frágil. Soado mostraba la sensibilidad y delicadeza de una artista. Sus dibujos, sobre todo los paisajes que se podían ver desde la granja, eran de una riqueza sorprendente para sus escasos años.

Y los dos chicos, Elisélip, un robusto niño de tres años que parecía sentir un especial placer destrozando las obras de Soado, y Fusal, el recién llegado. Fatimelu, Soado y Elisélip eran niños sanos y, hasta no hacía mucho, bien alimentados. Pero Fusal nació raquítico, debido a la desnutrición de Jara durante el embarazo. Permanecía en su cuna, casi inmóvil, tan solo moviendo levemente sus piernecitas delgadas; con los ojos, muy abiertos, fijos en el techo.

Los gritos de Fatimelu resonaban en el cerebro de Jara, pero no lograba entender lo que decía. Los chillidos de Soado y el llanto desgarrado de Elisélip se lo impedían.

Todavía acuclillada en el surco, Jara apretó el puño hasta que los nudillos se volvieron blancos. Al abrir la mano, los tormos, disgregados, cayeron al suelo. La mujer miró los granos de tierra adheridos a su palma sudorosa... la única humedad en muchos kilómetros a la redonda. Del sur, le llegó un soplo de aire caliente y Jara se puso en pie aspirando con fiereza, rastreando un inexistente atisbo de humedad. En cualquier caso, ya era tarde; tarde para ella, tarde para Lami, tarde para los niños... Indiferente al daño que pudiera causar en sus ojos desprotegidos, miró con odio a Paciencia, la cruel estrella cuyo súbito incremento de actividad desecó Esperanza de Dios en pocos meses.

El arzobispo había ordenado evacuar el planeta. Para ellos y para el puñado de colonos No Bautizables que habían convertido Esperanza de Dios en un vergel, era el fin de sus ilusiones. La Bendita Tierra tenía poco que ofrecerles. Todo su futuro pasaba por vender a los más pequeños a la Congregación para la Vida Eterna, el banco de órganos del Vaticano, y malvivir con ese dinero hasta que Fatimelu y Soado fueran mayores. Entonces, Jara y Lami se arrendarían de por vida como acólitos para que las chicas pudieran aportar el óbolo de emigración, tal y como habían hecho los padres de Jara.

Hicieron todo lo posible para quedarse.

¡Quizás!... la actividad de Paciencia remitiría.

¡Quizás!... las charcas salobres, que fueron océanos, reiniciarían el ciclo del clima.

¡Quizás!... las lluvias volverían a caer, generosas, sobre sus campos.

¡Quizás!...

Pero el arzobispo había enviado a la Guardia Suiza para convencer a los reticentes.

Jara fue consciente de Fusal en su cuna. Sus piernecitas ya no se movían pero en el rostro amoratado, los ojos seguían mirando fijamente al techo, tan abiertos como antes.

Dio algunos pasos a trompicones por los surcos, completamente cegada por Paciencia.

Su mano soltó el diminuto cuello de Fusal y luego, amorosamente, le pasó los dedos por la cara para bajarle los párpados.

Fatimelu seguía gritándole pero ella no entendía sus palabras. ¡Qué pequeño parecía Elisélip! Se apretaba a las faldas de su hermanita, enmudecido de pánico. Soado, acurrucada en un rincón de la sala, chillaba aterrorizada. Sus gritos aumentaron cuando vio a su madre dirigirse hacia ella. Jara no recordaba desde cuando empuñaba la gran cuchilla que utilizaba para descuartizar los animales.

Sintió el chorro cálido de la sangre de Soado salpicándole a la cara y vio la cabeza de la niña colgando del cuello segado, casi separada del cuerpo.

Sumida en la ceguera, Jara tropezó y cayó de bruces sobre el surco, los tormos terrosos salpicaron su cara. Sus lagrimas se mezclaron con la tierra reseca y sintió en los labios el sabor amargo de Esperanza de Dios.

Quedó paralizada ante el cuerpecillo inánime de Soado, hasta que oyó la puerta a su espalda. Fatimelu corría desesperada, tirando de la mano de su hermanito pero las largas piernas de Jara acortaron la ventaja rápidamente. Por la espalda, asestó un fuerte golpe con la cuchilla sobre el hombro de Fatimelu. El instrumento cortó la clavícula, penetrando profundamente en el cuerpo de la niña que soltó a Elisélip y cayó de rodillas, en medio de una cascada de sangre y dolor. Jara dejó que la cuchilla escapara de su mano y se dirigió recta hacia el niño derribándole cara al suelo. Sujetó su cabeza contra la tierra arenosa hasta que el cuerpo, pequeño pero robusto, dejó de patalear.

Atardecía y los dos soles caían sobre el lejano horizonte.

Jara intentaba ponerse en pie, como si Paciencia tirara de ella con hilos invisibles, cuando oyó la vibración de un vehículo y luego los gritos de Lami.

Escuchó los pasos de su marido acercarse y se abandonó semisentada sobre el surco; en la más absoluta oscuridad. Paciencia había robado su luz por completo.

—¡Jara! ¿Qué ha pasado? —Sintió las manos de Lami sobre sus hombros, sacudiéndola—. ¿Y los niños?

Lami reparó en ese momento en la mezcolanza de sangre y tierra que embadurnaba el rostro de la mujer y en su mirada extraviada. Echó a correr espantado.

Jara oyó su bramido ronco de toro herido al ver los dos primeros cuerpos.

Cuando entró en la casa sus gritos de dolor quedaron amortiguados, pero Jara los escuchó igualmente en su corazón. Luego oyó los pasos de Lami, acercándose de nuevo y el chasquido del arma al ser montada.

Sopló viento caliente del sur, hediendo a salitre, ansioso de humedad. Hubo una detonación. Jara sintió un golpe terrible en la espalda que la derribó, por última vez, sobre el surco terroso de Esperanza de Dios. Aún vivió lo suficiente para escuchar la segunda detonación y sentir como caía sobre ella el cuerpo de Lami.

El teniente de la Guardia Suiza contempló, satisfecho, como sus hombres apilaban cuidadosamente los contenedores de órganos que sacaban del hospital de campaña. Los cirujanos habían trabajado durante horas, aprovechando aquel favor inesperado. *Esta familia nos ha ahorrado el trabajo sucio*, pensó. *¡Ojala todo el ganado hiciera lo mismo!*

El transporte aterrizó ante la casa de Jara y Lami, para recoger la producción. En su costado lucía la esvástica arzobispal y el lema de Esperanza de Dios:

ARBEIT MACHT FREI[1]

1 El trabajo os hace libres